

## Del cuerpo o el combate del pensamiento Notas agónicas entre filosofías y deportes

**Santiago Diaz.** Universidad Nacional de Mar del Plata. Universidad Nacional de Avellaneda. Argentina

Recibido : 22/11/2019

### Resumen

El cuerpo es el espacio de pensamiento que permite acercar la actividad del pensamiento filosófico y la reflexión deportiva. Este trabajo no trata de elaborar una tesis sobre la filosofía del deporte, sino encontrar un *agón* común que motive a pensar tanto en la filosofía como en el deporte. Con esto se intenta proponer, a partir de las filosofías de Gilles Deleuze y de Michel Serres, que el cuerpo es una fuerza que libera un combate sobre el pensamiento, sea en lo filosófico como en lo deportivo. En ambos casos, el cuerpo y sus tensiones, moviliza el pensamiento en ambas disciplinas citadas, provocando un devenir-atleta del filósofo y un devenir-filósofo del atleta.

**Palabras Clave:** Cuerpo, Deportes, Deleuze, Agonismo.

### Abstract

#### **The body or the combat of the thought Agonizing notes between philosophies and sports**

The body is the space of thought that allows bringing the activity of philosophical thought and reflection sport. This work is not a thesis on the philosophy of sport, but finds common agon that motivates thinking in philosophy and sport. This is intended to propose, based on the philosophies of Gilles Deleuze and Michel Serres, the body is a force that releases a fight over thought, both in the philosophical and in sports. In both cases, the body and its tensions, mobilizes thinking in disciplines mentioned, causing become-athlete of philosopher and a becoming-philosopher of athlete.

**Keywords:** Body, Sports, Deleuze, Agonism.

414

---

Nº 95  
Septiembre  
noviembre  
2020

eikasía  
REVISTA DE FILOSOFÍA

## Del cuerpo o el combate del pensamiento

### Notas agónicas entre filosofías y deportes

**Santiago Diaz.** Universidad Nacional de Mar del Plata. Universidad Nacional de Avellaneda. Argentina  
Recibido : 22/11/2019

#### 1. Lo agónico

El cuerpo desafía todo pensamiento, lo hace en un combate superior, donde las tensiones furiosas de las fuerzas inmanentes libran un combate insistente sobre todo modo de pensar. El cuerpo es el problema que aquí fuerza a pensar el deporte, y también a la filosofía misma. No se trata de pensar una filosofía *del* deporte, en tanto parte del gran grupo histórico y jerarquizante de las filosofías genéticas, sino de buscar esos cruces y transversalidades que provocan un pensar filosófico desde el deporte, y a su vez, una intervención deportiva sobre la filosofía, entonces, como pretenciosa ambición de este trabajo, tal vez, en algún momento, se pueda hablar de un *atletismo conceptual*.

En la matriz de poder en la que nace la filosofía se encuentra una zona de tensión que se funda oficialmente en el mismo momento que la ciudad, como territorio político de iguales. Éste es el legado griego que ha producido una sociedad de “amigos”, pero que su énfasis no está puesto tanto en la cercanía condescendiente que la amistad hoy posee, sino que tiene como impronta fundamental el haber instaurado una relación de rivalidad, *oponiendo a unos pretendientes en todos los ámbitos, en el amor, los juegos, los tribunales, las magistraturas, la política, y hasta en el pensamiento* (Deleuze y Guattari, 2009: 9). Es una rivalidad de hombres libres que provocan el pensamiento bajo un *atletismo generalizado* del pensar, que tiene como movimiento la tensión ontológica fundamental de cosmos guerrero griego: el *agón*.

Pensar el deporte es estar en la disputa de una guerra donde lo corporal es el campo de batalla. Lo propio del pensamiento filosófico es el *agón*, la lucha con las fuerzas que componen los conceptos, asimismo como el deporte tiene como esencia el *agón*, la rivalidad, de las fuerzas físicas. Tal como señala María José Galé Moyano (2013) en un sentido cercanamente nietzscheano, el cuerpo es un “campo de batalla” donde la lucha se realiza entre las fuerzas compositivas de la identidad, tanto individual como social, y las emergencias conflictivas propias del movimiento de la sensibilidad que no se deja capturar por las determinaciones conceptuales. Una batalla de lo sensible que desborda todo interés y regulación de las formaciones habituales de ser persona, trabajador o ciudadano, artista o atleta. El cuerpo es un espacio de conflicto que instaura un problema en su sentido inquietante, una disrupción en la secuencia ordinaria de la vida común, para mantener vivo ese tiempo de tensión transversal que

resulta el más propicio para la experimentación. Es en esos cruces de fuerzas sensibles corporales donde se vivencia la crudeza de una experiencia que excede los límites comprensibles y mantiene viva toda la potencia subyacente de aquello que siempre es desbordante; un éxtasis primordial de los encuentros intensivos. Ese cruce agonístico no tiene otro nombre que el *devenir*, y no es más que la brecha potencial de movimiento que la experiencia porta en su crudeza más originaria.

Hay un devenir-filósofo del atleta, así como un devenir-atleta del filósofo, en tanto que ambos pueden habitar esa zona potencial de indiscernibilidad que conjuga fuerzas inhumanas, las cuales ponen en movimiento conflictivo toda su propia producción, sea conceptual, sea gestual, deportiva o intelectual... y es por eso que ese desafío no deja nunca de cuestionar la vida, esa misma vida que se pone en juego en cada batalla diaria, y que por sobre todas las cosas nos obliga a ser dignos de lo que acontece, deseando la *guerra contra las guerras futuras y pasadas, la agonía contra todas las muertes, y la herida contra todas las cicatrices, en nombre del devenir y no de lo eterno* (Deleuze y Guattari, 2009: 160). Esa lucha cotidiana se vuelve vital y profundamente potencial de las fuerzas deseantes cuando deja de ser una “carnicería” de contrariedad absoluta, para desplegar una lógica que se afecta por el contacto de potencias heterogéneas. Un combate que, como sugiere el Comité Invisible:

Se libra por todas partes, bajo formas innumerables, y la mayoría de las veces por medios pacíficos. Si hay una multiplicidad de mundos, si hay una irreductible pluralidad de formas de vida, entonces la guerra es la ley de su co-existencia sobre esta tierra. Pues nada permite presagiar desenlace a su encuentro: los contrarios no permanecen en mundos separados... (Comité Invisible, 2014: 82-83)

Nos queda entonces empezar a componer un entramado sutil entre las relaciones que nos atraviesan y constituyen; abrir ese espacio agónico y productivo que siempre se ve solapado por la captura de las sensibilidades que omite toda tensión y anhela siempre una solución. El gesto ético por excelencia es el arte de conducir y vivir según la dignidad de la situación, y esto supone la *agudeza y movilidad existencial* antes que la aniquilación de todo lo que se nos opone. El devenir-atleta del filósofo y el devenir-filósofo del atleta comparten el *agón* de estar siempre en un movimiento de descentramiento de aquello que formalmente lo glorifica, y es una debilidad de sus procedimientos, de sus prácticas, creer que se lucha “contra” otro, donde se busca destruir o repeler una fuerza extranjera; sino que se lucha siempre *entre* otros, una lucha que se da en un *entre* que es esa *poderosa vitalidad no orgánica que completa la fuerza con la fuerza, y enriquece aquello de lo que se apodera* (Deleuze, 2009: 185-186.). Es una lucha insurgente que devuelve e introduce un poco de agón donde todo parece formalmente reglado, pulcramente determinado, donde todo se vuelve puro globo amarillo y venta telefónica de alegría, e interviene con un gesto *problemático* que hace devenir toda estructura en serie diferencial, toda identidad en un campo intensivo de afecciones (Deleuze, 2009: 189): porque

no se trata de volverse filósofo ni deportista, sino estar siempre en el umbral que obliga a deshacer toda pretenciosa categorización de títulos y nominaciones, triunfos y campeonatos. La gloria nos vuelve vulnerables, la fama confunde y ciega, el éxito nos hace demasiado visibles en un mundo que busca exhibirse para existir, tal vez el gesto de guerra fundamental de los devenires filósofos y atletas sea dar batalla silenciosa introduciendo un movimiento problemático en el interior del aparato de captura de las sensibilidades, eso que podemos denominar momentáneamente *biopolítica estética: De lo que siempre se trata es de liberar la vida allí donde está cautiva, o de intentarlo en un incierto combate.* (Deleuze y Guattari, 2009: 172)

### 1.1 Disrupción sobre la educación

Habría que revisar temerariamente la impronta contemporánea de la educación como “acompañamiento”, una forma casi “pastoral” de reducir el rebaño a la salvación colectiva, un poder pastoral –al decir foucaulteano- que doblega las fuerzas activas en plena debilidad reactiva –por ofrecer un toque nietzscheano-. El mandamiento inclusivo actual reza “hacer hablar”, por el simple efecto de participación, pero esto invalida la riqueza de la presencia como acción sensible que interviene desde la pluralidad afectiva de lo que no se expresa en los discursos de limitadas palabras. Tal vez por haberse excedido durante tanto tiempo en la idea de confrontación en las antiguas pedagogías monárquicas del docente moralista y enciclopédico, hoy no podamos vivenciar la potencia creadora del combate como una lucha que incrementa nuestras fuerzas activas, y, mejor aún, nos fortalece para no huir ante lo nuevo. ¿Qué pedagogía que aspire a emancipar hace de lo nuevo un “objeto” inaccesible y temible para los sujetos? ¿Qué docente que busque libertad le negará la intensa experiencia de vivenciar lo nuevo como una zona profunda para el ejercicio agónico de la autonomía a sus aprendices?

Se sabe que la guerra, en las comunidades antiguas, tenía como principio conjurar la formación de un aparato de estado (Clastres, 2001: 214-215), hoy diríase con Tiquun, ese *contexto hostil* que se denomina Imperio, el cual se dispone como una regulación punto a punto de toda producción libre, es decir creativa, a partir de una estandarización *coolificante* de todos los espacios antiguamente al margen (Tiquun, 2011, 65-66), *outsiders*. La guerra por lo sensible se despliega precisamente en ese contexto hostil donde se requiere tramar un tejido ético resistente a lo que Nietzsche denominaba la *despreciable especie de bienestar* (Nietzsche, 1973: 114-115) que produce el aparato de estado – hoy, neoliberal- y que captura toda sensibilidad volviéndola domesticable y neutra. Una especie de resistencia ética que permite afirmarse contra los embates reiterados de la intemperie, arremetidas insistentes que banalizan cualquier práctica, gesto o concepto. Por ello, lo complejo es no dejarse doblegar por tales artimañas -

¡Basta de Egotrip!-, y comenzar a sostener secretamente una idea, una práctica, un gesto, *amorosamente en el tiempo* (Anónimo, 2015: 11.).

## 2. Biopolítica estética

La biopolítica, rápidamente definida, sería el modo de biopoder que se interesa por conducir las conductas de la población, y regular sus acciones desde el convencimiento y la internalización de las normas de conducta que un Estado determina para asegurar el bienestar social. Actualmente, la biopolítica ha mutado bajo una expresión más fina y minuciosa que se encarga de producir un refinamiento sensorial como modo de inducir toda experiencia a la configuración de una subjetividad novedosa por su diferencia: lo estético concluye en estética, el *sapiens* de la sabiduría desciende del de la sapidez (Serres, 2011: 76). Lo que se podría denominar “biopolítica estética” es una nueva intervención del biopoder, que se despliega como un modo de ejercicio productivo de poder, donde se viabiliza el capitalismo actual. Lo específico de esta intervención es la gestación de un diagrama de producción *sensible* de las subjetividades, a partir de una percepción que toma como centro de distinción la autoafirmación de una existencia exageradamente displicente, y que se ve exacerbada por el convencimiento artificioso de una heroicidad espectacularizada de la propia experiencia.

### 2.1 Disrupción poético-publicitaria

418

Nº 95  
Septiembre  
noviembre  
2020

El “autobombo” vende, el deportista es empresario de sí mismo, el empresario es filósofo de la vida, el filósofo es empresario del pensamiento, la empresa de vivir la gerencia el filósofo, soy la empresa que me constituye, soy el CV que me vende, me vendo para vender-me en la venta competitiva por un trofeo que se suma a mi patrimonio que más me vende. Anulo al otro, lo quemo, lo doblego, tan sólo para resaltar mi gloria, para hacer de cada día de mi vida algo importante. Soy la empresa que me vive, soy el campeón de una pasión que no entiendo pero la siento mía, soy la pasión que siente por mí, soy la pasión del sentimiento de triunfar en la publicidad de mí mismo como campeón que tiene un cuerpo glorioso.

Quizás el gesto *problemático* de resistencia común entre las filosofías y los deportes pasa por dar cuenta de los procedimientos sensibles propios que fueron capturados y vueltos “sentimientos”, para intervenir secreta y sutilmente esta biopolítica estética, y así trazar nuevos recorridos intensivos que construyan territorios inmanentes de luchas, donde las fuerzas afectivas intensifiquen la potencia de los cuerpos vivos. Porque la biopolítica estética crece produciendo resentimiento, como una fuerza reactiva que separa toda acción creadora de las fuerzas activas (Deleuze, 2002: 161); el cuerpo glorioso del espectáculo es el efecto visible de

las resonancias artificiales con que los sentimientos capitalistas producen una vida gloriosa en el resentimiento ultrajante de detestar todo lo que lo supera.

La fuerza de resistencia de los deportes en la biopolítica estética se ve impedida por la urgencia y necesidad de los records. Cuando las cuantificaciones se ofrecen como finalidades, lo que se obtiene es una empresa económica que se dedica a promover resultados eficientes para configurar patrones de standarización de las subjetividades, siempre por debajo de heroicos cuerpos gloriosos. Tal vez, como dice Peter Sloterdijk, el deporte pueda ser, para el siglo XXI, una mutación del record a lo “estético”, pero ésta entendida como un modo de acercamiento a la esfera de lo artístico y lo creativo. Es ahí donde Deleuze ve que lo que acerca esta relación entre lo estético y el deporte es la idea de “estilo”, donde el estilo se piensa como una novedad del orden de lo cualitativo y ya no de lo cuantitativo (Deleuze, 1999: 209-210).

El estilo, en filosofía, es el movimiento del concepto (Deleuze, 1999: 224), lo que implica un movimiento al interior de sus elementos compositivos, en virtud del problema que se ha planteado. No hay concepto sin problema, porque cada concepto sólo tiene funcionalidad según el problema planteado. Por eso en filosofía no se trata tanto de crear un concepto novedoso o inventar una palabra, sino de advertir en qué plano de inmanencia ese concepto toma la fuerza del Afuera y le devuelve una vitalidad inesperada a las tradiciones filosóficas. El estilo pasa secretamente por los intersticios de las palabras, por los conceptos, para desestabilizar el sistema homogéneo del sentido común que prefigura toda experiencia. Asimismo, esto se comparte con los deportes, más allá de la industria megalómana de indumentarias, aparatos y prótesis superproductivas para el logro de records, el estilo surge en los intersticios de las prácticas deportivas como una revuelta sensible de mutación sobre la repetición masificada y debilitada de los que imitan. Con este gesto insurgente, se pone en crisis toda una tradición del deporte mismo. Es una mutación que tiene carácter de problema para el desarrollo de la actividad, un problema que abre esa zona del afuera de toda regla, una zona de disputas atravesada por fuerzas ajenas y afecciones aún no sentidas, inauditas en la historia de una práctica deportiva, o filosófica. Se trata de un momento inesperado que habilita la creación de lo nuevo como un campo de batalla que desafía toda configuración sensible del sentido común. Ahí no hay progreso puramente tecnológico que salve, ahí no queda más que inventar un gesto disruptivo, no por gloria o fama, sino por urgente necesidad vital (Deleuze, 1999: 209-211). Todo estilo es una batalla sensible contra el sentido común, que expresa la singularidad de cada batalla vital con la intensidad de ir siempre más allá de lo pensado, como un aventurarse fuera de lo reconocible y de lo seguro, para pensar ese “acto peligroso” con la violencia efectiva de todo lo que urge por nacer. Ese conflicto agonístico que es el problema, es lo que nos fuerza a pensar y nos fuerza a actuar en la novedad del estilo y sus metamorfosis gestuales, sus posturas móviles, como un grado elevado de conocimiento plural de los cuerpos, los cuales solo pueden darse en la pasión que nace de la confrontación, *de esos cara a cara, cabeza a cabeza, frente a frente y cuerpo a cuerpo, proceso mayor de adquisición y de crecimiento* (Serres, 2011: 78).

Sabemos que en medio de una corporalidad que está siempre por hacerse no puede sostenerse un movimiento que no sea nómada. La sensibilidad se vuelve un grado concreto de transformación en tanto y en cuanto se habite ese espacio de creación que se determina momentáneamente por la efectuación inquieta y plural de lo que nos “pasa”. El acto de resistencia que provoca la sensibilidad se ve debilitado por las constantes fuerzas reactivas de un complejo dispositivo biopolítico estético que adormece y regula dicha sensibilidad. Que hace de toda experiencia sensible un sentimiento, de todo gesto un significado, de toda palabra un concepto. En las corporalidades nómadas, siempre hay una fuerza de resistencia ante semejantes atrocidades, así lo destaca Gumbrecht, cuando expresa que en los movimientos de una práctica deportiva no hay nada que interpretar, porque esto puede reducir el potencial de expresión que dicho gesto posee (Gumbrecht, 2006: 70). Es que el cuerpo que se mueve, el concepto que se mueve, siempre se hace “presente”, que se hace presente como una forma de estar “frente a” (Gumbrecht, 2006: 63), *prae ese*, y pone en movimiento todo lo que convoca en su presencia. Hay un grado de inmanencia en el movimiento presente que excede todo desplazamiento que distingue sujeto de objeto, y es esa indiscernibilidad entre mente y cuerpo que toma “presencia” en la furiosa multiplicidad de una vivencia. Una violencia flotante, que pica como una abeja –al decir de Mohammed Alí-, en la fulgurante situación de un acontecimiento singular. Porque parece que el cuerpo efectúa con mayor facilidad sus gestos y movimientos cuando éstos se despliegan con *la menor atención posible* (Serres, 2011: 57). La conciencia aquí hace rígido lo que el olvido flexibiliza: aprendizaje que requiere hundir los gestos en la oscuridad de los cuerpos, y hacer del pensamiento un revuelta barroca, un claroscuro que nunca deje de moverse entre una zona y otra, en los pliegues coloridos de un traje hecho de mil retazos antiguos.

### 3. La gimnasia del Arlequín

El cuerpo posee un sistema de producción conceptual que tiene como *a priori* un aparato sensorio-motor que sirve de esquema de percepción. La existencia del movimiento se hace imprescindible en el proceso de descubrimiento de lo corpóreo (Martínez Liébana, 1999: 298), por eso el conocimiento kinético habilita la percepción de una velocidad más íntima que se expresa en la densidad de la lentitud, se expresa pluralmente entre los intersticios de un movimiento no orgánico que desarma los esquemas regulares de lo sensorio-motor. Esa lentitud marca la espesura de la complejidad de un movimiento que ya no es sobre el espacio sino sobre el tiempo cualitativo de las intensidades. Un cuerpo gravitando sobre sus mínimas afecciones, un cuerpo que se recorre a sí mismo descentrando la conciencia y abriendo la percepción de un pensamiento corporante. Ese que hace de cada gesto una idea sensible. Tal vez, un conocimiento kinético, se presentaría en la ruptura de los esquemas asociacionistas entre el

sentimiento y el movimiento, entre el movimiento y el órgano. El gesto deja de representar, o en todo caso, es una (re)presentación *diferencial* del conflicto de alteridades que subyacen en las cavidades de un movimiento. Lo que se mueve, es una relación íntima de afecciones más que un móvil desplazándose en el espacio. Con-mover-se, pensar “kinéticamente”, podría ser una exploración anónima, poco “consciente”, donde se trate de rasgar todo plano corporal de significancia cultural y simbólica, con un gesto impregnado de huidas, y vaciar el cuerpo de sentido, desprender sus seguras cavidades, certezas y puntos de apoyo, sus sostenidas firmezas. Diagramar puntos flotantes para trazar un cuerpo ligero... y que todo se deslice como el movimiento sensible de un devenir que provoque en sí misma la potencia múltiple de un desahogo incesante. Y así, el cuerpo pueda con-moverse en ese trazado perverso, y profundamente lúdico, que vuelve estético -es decir, creativo-, toda forma de pensamiento, tensión agónica que se abre al juego afirmativo de la inmanencia de los sentidos y la inquietud transformadora de una existencia que tiende siempre a lo impersonal.

El cuerpo en movimiento asocia los sentidos y en él los unifica. Ya que esa visión corporal global, ese tacto que cambia la pared de roca en carne, por una maravillosa transustanciación, se encantan sin tregua, en ausencia de lenguaje, de música tácita. (Serres, 2011: 36)

Si como dice Michel Serres, el cuerpo se encarga de comprender por su propia memoria, por ese aprendizaje “arlequinezco” de danzas fluctuantes con el mundo, qué sentido tiene dar prioridad a las explicaciones, que inundan una clara mentalidad de exigencias evanescentes donde todo se pierde por exceso de inconsistencia afectiva. ...*la comprensión depende no tanto de la explicación dada en el momento del aprendizaje, sino que cambia, evoluciona, se pierde, vuelve, muere o se desarrolla* (Serres, 2011: 82). Explicar es un modo de desandar el compuesto entramado de un cuerpo que no por su desmenuzamiento que se vuelve más claro, sino que, justamente, es en su compleja mezcla de heterogeneidades, en su andrógina y plural expresión donde encuentra toda la potencia del aprendizaje. Por eso, Serres, entiende el cuerpo como un campo de experimentación sensible que enseña a bifucarse más que a adaptarse a cualquier dirección entendida como natural... no se trata de educar el cuerpo, sino de educar-se con la pluralidad inmanente que con-mueve la potencia de un cuerpo...

Los gimnastas y los montañistas enseñan a pensar con el cuerpo de los sentidos unificados en el espacio y el tiempo. En pluralidad de movimientos, el cuerpo piensa con sus órganos: las *performances* musculares, pasionales y amorosas nos apartan de la neutralidad y la especialización de la ciencia. (Serres, 2011: 137)

#### 4. Atletismo afectivo del concepto

Confieso: hay que tener coraje para ser poeta o novelista en serio. Por eso quizás uno se dedicó a la filosofía. Hay que atreverse, y no es moco de pavo -¡quién pudiera!-, a abrir la trama ceñida de lo que el tiempo ha

ido decantando en lo sensible de nuestro pasado y volver a animar lo que ya está quieto y hasta apelmazado... Es más fácil pedir prestadas ideas y conceptos que experimentar sentimientos e imágenes para animarse a que las nuestras resuenen. El tener conceptos, en cambio, no nos pide pruebas de que las ideas hayan resonado en algún espacio sensible y afectivo, donde lo finito y lo infinito dentro de uno mismo tropiezan... Pero para que lo más sensible de nuestra vida pase a la palabra, ésta necesita siempre de la melodía, la forma primera y arcaica de un cuerpo que se hizo sonido... toda creación es re-creación de algo anterior... El coraje de la re-creación es la verdadera valentía que se abre en la palabra intensiva... (Rozitchner, 2010: 195-196)

La filosofía es el arte de crear conceptos en un plano de immanencia donde se diagrama su consistencia, pero para poder crearlos hay que encarnar sus intensidades en el propio cuerpo. Crear siempre emerge de un exceso de sobrepotencia (Serres, 2011: 40-41), un éxtasis que desborda todo límite interno de la conciencia para provocar una batalla sensible en la producción de nuevos territorios existenciales. Pensar sensiblemente es el atletismo del concepto, donde todo cuerpo es *anudado, atado, atraído, puntitos por puntitos, por una cabellera espesa, inextricable y completa, véis de la epidermis, esa red densa, innombrable, compleja, admirable de la que siento intensamente que me hace pensar hasta las extremidades ínfimas de lo sensible* (Serres, 2011: 48). Llegados a ese umbral que no deja huella de identidad, es necesario volverse sobre los propios pasos y desandar todo lo recorrido, pero no bajo una reflexiva mirada de la conciencia, sino con ojos profundamente enrojecidos por la vivencia de haber visto la Vida en su estado más puro. Es el devenir-atleta del filósofo que ante sí queda sin aliento y empapado del sudor más frío. El concepto que lo atraviesa no le da respiro, su percepción es de una intensidad tal que no hay identidad posible que lo sostenga. Este atletismo del concepto lo fuerza a pensar-se en medio de la vida menos gloriosa, en un atletismo insólito para toda institución -sea deportiva o filosófica-, que obliga a dejar todo reconocimiento y lo hace “campeón de ayunos” o bien un “gran nadador sin saber nadar” (Deleuze y Guattari, 2009: 173). Como dice Deleuze, es *un atletismo que no es orgánico o muscular, sino un “atletismo afectivo”, que sería el doble inorgánico del otro, un atletismo del devenir que revela únicamente unas fuerzas que no son las suyas.*

Devenir-atleta es transmutar, como lo hacen los deportes actuales, las viejas actividades productoras de movimientos y ejercicios donde se definen por los puntos fijos de apoyo – fundamentos racionales, por ejemplo-, y entrar en un rasgo más bien dinámico donde el pensamiento “se desliza” *con unas materias de ser nuevas, ola o nieve, y convierten al pensador en una especie de surfista del concepto* (Deleuze y Guattari, 2009: 72).

Los movimientos cambian también al nivel de las costumbres o de los deportes. Hemos vivido mucho tiempo con una concepción energética del movimiento: un punto de apoyo o una fuente de movimiento. Carreras, lanzamiento de peso, etc.: se trataba de esfuerzo, de resistencia, siempre con un punto de origen, con una palanca. Pero vemos que hoy el movimiento se define cada vez menos mediante un punto de apoyo. Todos los deportes nuevos –el surfing, el windsurfing, el ala-delta– se basan en la inserción en una

ondulación preexistente. Ya no hay un origen como punto de partida, sino un modo de ponerse en órbita. Se trata fundamentalmente de situarse en el movimiento de una gran ola, de una columna de aire ascendente, de “colocarse entre”, y no ya de ser el origen de un esfuerzo. (Deleuze, 1999: 193-194)

Pensar con lo sensible, pensar como efecto agonístico de lo estético, es el riesgo que conlleva ejercitarse en una práctica al estilo de los deportes extremos, porque pensar siempre es un ejercicio extremo y raro; afronta y se confronta necesariamente con las fuerzas reactivas del sentido común que tienden siempre a disminuir la potencia plural de las sensaciones. Pensar atléticamente es un devenir que hay que saber llevar, porque ahí se manejan fuerzas demasiado intensas para identificarse con ellas. Es franquear esa línea tan sutil entre la locura y la razón, entre la vida y la muerte, entre lo que domestica y lo que libera (Deleuze, 1999: 167). Devenir-atleta del concepto es hacer del pensamiento un *agón*, un combate, agresivo, activo y afirmativo. Se tratar de provocar subterráneamente, en secreto, casi de manera anónima, un sismo inquietante en el interior de la máquina de codificación estética de las sensibilidades: tanto biopolítica como del espectáculo. Es combatir el resentimiento y la mala conciencia de la “alegría” como captura operativa de las acciones subordinadas a una finalidad estatal, moral o religiosa (Deleuze, 2002: 150). Devenir-atleta del filósofo, devenir-filósofo del atleta, dos potencias agonísticas que urgen desplegar en el tramado asediante de una biopolítica estética que no cesa de volver toda creación sensible un producto más del espectáculo.

NINGÚN PROFESOR sentado en una silla me enseñó el trabajo productivo, el único que vale, mientras que mis maestros de gimnasia, mis entrenadores y más tarde mis guías, inscribieron sus condiciones en mis músculos y mis huesos. Ellos enseñan lo que puede hacer el cuerpo. ¿Quieren escribir, buscar, entrar en una vida de obras? Sigán sus consejos y su ejemplo. Que son éstos: que nada resiste al entrenamiento, cuya ascesis repite gestos poco naturales (*drop*, servicio en el tenis, *fosbury flop*, yoga...) y facilita las virtudes necesarias de concentración (basquet, salto en alto), de coraje (rugby), de paciencia, de dominio de la angustia, por ejemplo, en la montaña; que no hay obra sin regla, casi monástica, del empleo del tiempo, que el deportista de alto nivel tiene en cuenta: vida sometida a los ritmos del cuerpo, higiene estricta del sueño, alimentación sin drogas; que el investigador que trampea o miente no encuentra ni inventa, así como el saltador de altura no trampea ni miente con la gravedad... esta regla de hierro da la espalda a todos los usos de los grupos profesionales, políticos, mediáticos, universitarios... que coronan a los gánsteres y ponen a los mediocres en el poder. Respetar la cosa misma, que es la única que gobierna, y no la opinión, eso, por encima de todo, es lo que enseña una vida de obras. No importa a qué actividad se entregue uno, el cuerpo sigue siendo el soporte de la intuición, de la memoria, del saber, del trabajo y, sobre todo, de la invención. Un procedimiento maquinal puede reemplazar cualquier operación del entendimiento, pero nunca los actos del cuerpo. En un oficio sin embargo intelectual, nadie me ayudó como lo hicieron mis profesores de gimnasia... a ellos, todo mi respeto agradecido. (Serres, 2011: 51)

## BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo (2015) *Manual de Ética Legionaria*, Bs. As., Hekht.
- Clastres, Pierre (2001) *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, Gedisa.
- Comité Invisible (2014) *A nuestros amigos*, México, Ediciones Anarquía es una Sinfonía.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2009) *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Anagrama.
- Deleuze, Gilles (1999) *Conversaciones 1972-1990*, Valencia, Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles (2009) *Crítica y Clínica*, Barcelona, Anagrama.
- Deleuze, Gilles (2002) *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama.
- Galé Moyano, María J. (2013) “Viva la guerra. Mi cuerpo es un campo de batalla”, en *Thémata. Revista de Filosofía*, 48, pp. 227-233.
- Gumbrecht, Hans U. (2006) *Elogio de la belleza atlética*, Bs. As., Katz.
- Martínez Liébana, Ismael (1999) “Condillac. Conocimiento y mundo externo”, en *Éndoxa: Series Filosóficas*, 11, UNED, Madrid, pp. 297-320.
- Nietzsche, Friedrich (1973) *El crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza.
- Rozitchner, León (2010) “Justificado para no ir a un Congreso de Filosofía”, en *Revista Espai en blanc*, 7/8, El combate del pensamiento, pp. 195-197.
- Serres, Michel (2011) *Variaciones sobre el cuerpo*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica.
- Tiqun (2011) *Esto no es un programa*, Barcelona, Errata Naturae.